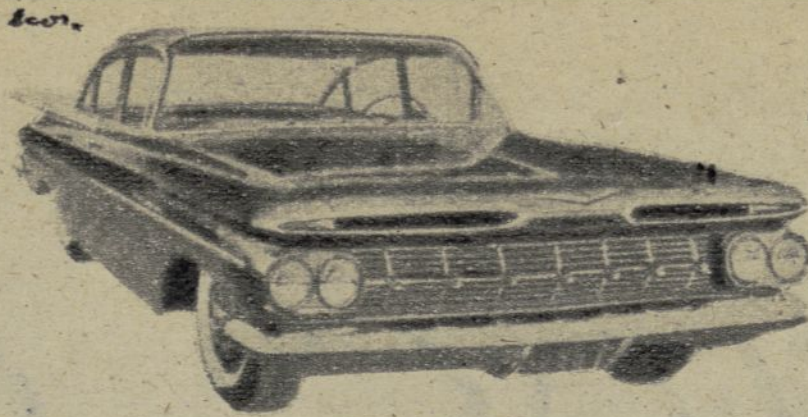


ya

SUPLEMENTO GRAFICO DOMINICAL

14 de JUNIO de 1959

2.º Cuadernillo



ALQUILER SIN CHOFER

I.T.A.L.

AV. DE LOS TOREROS, 18 • TELEFONOS, 55 44 78, 55 01 31 y 56 96 16
MADRID • BARCELONA • PALMA DE MALLORCA



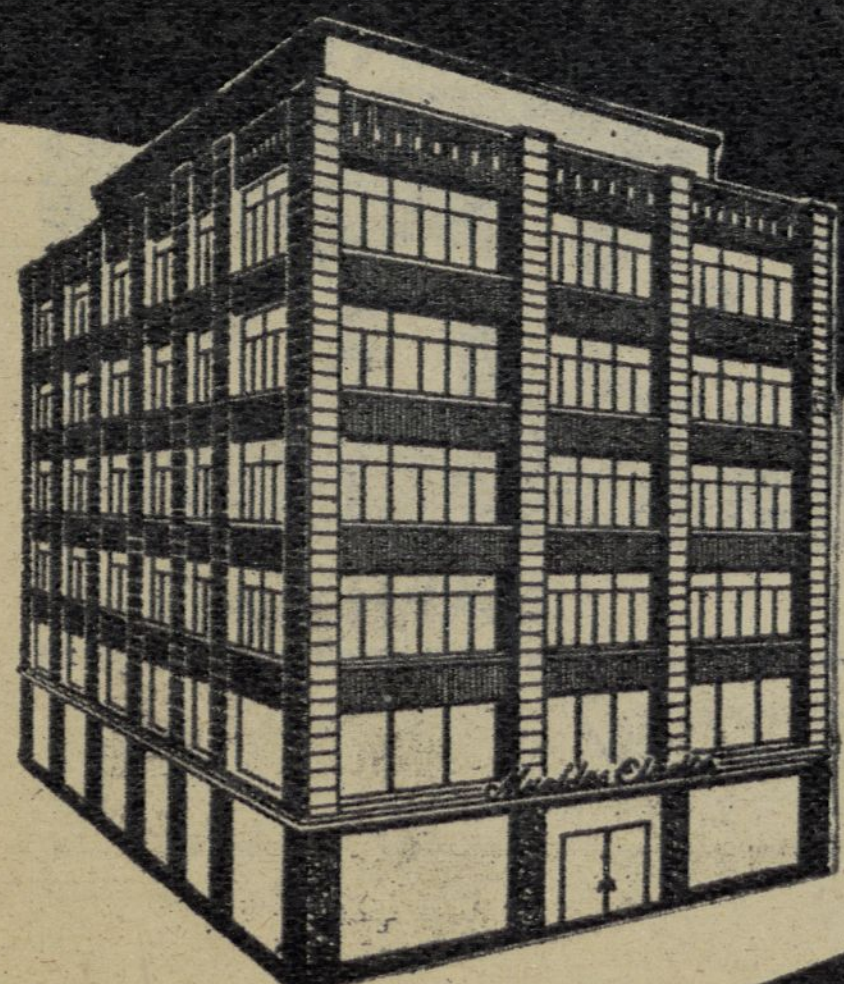
Schubert del brazo de Chueca

Cincuentenario de
la Banda Municipal

Por
F. Castán Palomar

FUE el 4 de febrero de 1909 cuando el Ayuntamiento hizo la convocatoria para formar la plantilla de la Banda Municipal. Para llegar a esto, ¡cuántos pasos hubo que andar y medir, y qué decididamente enérgico tuvo que mostrarse el señor alcalde don Nicolás Peñalver Zamora, conde de Peñalver! En el Concejo no todos eran partidarios de la creación de una Banda. Entendían, quienes a ella oponíanse, que con la Banda del Hospicio y con la de San Bernardino el Ayuntamiento podía salir de apuros siempre que un acto municipal requiriese música. De lo de dar conciertos para el pueblo no que-
Sigue

Desde el paso doble
torero a "La consa-
gración de
la Primavera", de
Strawinski, guarda
en su archivo
1.600 partituras



Muebles Eladio

FUENCARRAL, 56
y
FERNANDO VI, núm. 1

Ayuntamiento de Madrid

GRAN SECCION DE TAPICERIA Y AL-
FOMBRAS, LAMPARAS, CORTINAJES,
VISILLOS, CRETONAS

¡PRECIOS ESPECIALES EN ALFOMBRAS
POR FIN DE TEMPORADA!

TAPICERIAS ELADIO
FUENCARRAL, 56

SCHUBERT

rían ni oír hablar los más tozudos en la oposición. Pero, en fin, ya digo que el conde de Peñalver, que había aceptado entusiasmáticamente la idea de don Luis Casanueva—idea traída desde Valencia, a raíz de un concurso de bandas de música—, la defendió tenaz y eficazmente, y de aquella defensa ha quedado el recuerdo de unas palabras definitivas: "Es un elemento de cultura artística. No todo ha de ser construir alcantarillas. Y estoy decidido a crear la Banda Municipal."

Con 180.000 pesetas se hizo la constitución de la Banda. De esa suma fueron destinados 8.000 duros a la adquisición de instrumental, y 14.000 pesetas, o poco más, a la confección de los uniformes.

La presentación privada de la entidad musical, que iba a ser orgullo y gala de Madrid, se hizo en el teatro Español y en la noche del 2 de junio. Ochenta y nueve profesores, bajo la dirección del maestro Ricardo Villa, en el escenario. El programa se iniciaba con la "Marcha solemne", del propio Villa, y seguía con páginas de Tchaikowsky, Listz, Weber y Wagner.

Los conciertos públicos comenzaron en el mismo mes. Calles y plazas, y aun las de los barrios menos doctos y las de los andurriales seguidilleros, oyeron cómo se les entraban por ellas las deidades de Wagner en los relucientes trombones, trompas, trompetas, bombardinos y saxofones de la Banda Municipal. Esta comenzaba su vida victoriosamente. Y victoriosamente la ha seguido.

Educación musical del pueblo

Tiene la Banda su libro biográfico, que ha escrito un profesor de ella, don Mariano Sanz de Pedre, libro reciente y muy explicativo, documentado y anecdótico. Pero yo guardo, además, los propios recuerdos de mis conversaciones periodísticas con figuras muy importantes en la vida de la Banda Municipal. Con la más calificada de ella, su fundador y primer director, don Ricardo Villa, hablé en 1934, exactamente un año antes de su fallecimiento. Y Villa me contó, entre otras muchas cosas, cómo en los primeros tiempos de la Banda él se obstinó en que el pueblo de Madrid conociera la música de Schubert y cómo, en principio, lo más de la gente parecía reacia a escucharla. Pero Villa se salió con la suya, que era la del buen gusto romántico, y Madrid acabó por oír a Schubert, por comprenderlo y admirarlo.

Con López Varela, que también fué director de la Banda y que tampoco es ya de este mundo, hablé mucho de los estivales conciertos nocturnos, y él me explicó muy cumplidamente las fórmulas de la composición de los programas.

Puedo asegurar que el entusiasmo con que iniciara sus tareas la Banda Municipal, entusiasmo del que nos hablan las crónicas de aquel Madrid todavía pequeño e íntimo, sigue igualmente encendido.

Dirige hoy la Banda el maestro Arámbarri, bilbaíno, autor de varias obras sinfónicas, pero, sobre todo, un gran director, con mucho temperamento y mucha pericia.

El archivo de la Banda consta de 1.600 obras. Valioso y vario este archivo, del que se ha dicho que es todo un museo de arte y que permite esa gran elasticidad que los programas tienen y que han podido observar hasta los más desentendidos de la vida musical de Madrid.

En verano es cuando mayor actividad despliega la Banda. Hay semanas en las que todos los días deja oír sus sonos en una o en otra parte. Y no hay concierto sin música española, que de esto siempre cuidaron mucho los directores de la Municipal.

Soleados mediodías dominicales de la radiante primavera madrileña entre los dorados verdes del Retiro. Verdi, del brazo de Chueca. Y en los nocturnos estivales, lo mismo. Madrid escucha calladamente, recogidamente, a la Banda. Es una multitud la que cife el quiosco; pero dijérase que nadie ha acudido a esta cita musical de la noche, por el respetuoso silencio que en ella se hace en cuanto el maestro Arámbarri alza la batuta sobre los metales y las maderas de los instrumentos musicales.



LA niña, rubia y peca-sa, ha dibujado nueve cuadros en el suelo. Le va dando con el pie a un canto plano y se detiene, a la pata coja, para mirar si el canto ha caído en el cuadrado correspondiente. Su padre fuma en pipa y está alestargado, meditabundo, al sol, como un gran lagarto. La madre lee la prensa del domingo, aún húmeda de tinta de imprenta. Más lejos, dos soldados, una pareja de noruegos y los novios que tienen las manos entrelazadas. Mientras, en el quiosco, la Banda Municipal de Madrid interpreta fragmentos de la «Vida breve», de Falla.

«Se ruega silencio durante el concierto». Y todos callan; a lo más, en el comentario, el susurro. Y es entonces cuando comprendo aquel aviso de un viejo amigo que casi acabo de despedir. Yo había dicho:

—Voy a hacer un reportaje de la Banda Municipal.

Y él, poniendo solemnidad en cada palabra, comentó:

—Pues mucho ojo, mucha-

MADRID, 1959

PUEBLO SIN BANDA, PUEBLO DESVENTURADO

Por Pedro Mario Herrero

Música al aire libre, la música que Debussy adoraba. Gracias a la labor, ya cincuentenaria, de la Banda Municipal, el pueblo madrileño tiene hoy sensibilidad para la verdadera música. Como en el título se dice, subrayando una feliz frase de Castán, Schubert del brazo de Chueca. El profesor de contrabajo, iniciando su pimporrizo, o ese sarcófago del violón, reposando sobre el árbol constelado de botijos, son dos "momentos musicales", no puede negarse, bien castizos

cho, porque a la Banda la queremos de verdad.

Hace cincuenta años—ya ve usted, casi nada—que el maestro Villa se lanzó a alegrar aún más este aire puro de la capital y continúa de boca en boca aquella anécdota inolvidable, capaz de definir un esfuerzo. Cuando todo el público aplaudía rabiamente se escuchó una frase inesperada:

—¡Maestro, por favor, no repita!

Pero el maestro Villa tuvo que acceder a la petición del público y la obra se repitió. Y volvió de nuevo a escucharse el gran clamor y otra vez la voz dijo lo mismo:

—¡Maestro, por favor, no repita!

El maestro y todos los miembros de la Banda estaban intrigadísimos. Aquella petición ¿de quién procedía? Siguió el concierto. Y al fin se oyó la misma voz potente, desgarrada, que con timbre alegre terminó de aclarar el misterio:

—¡Maestro, ahora repita lo

Fotos Basabe





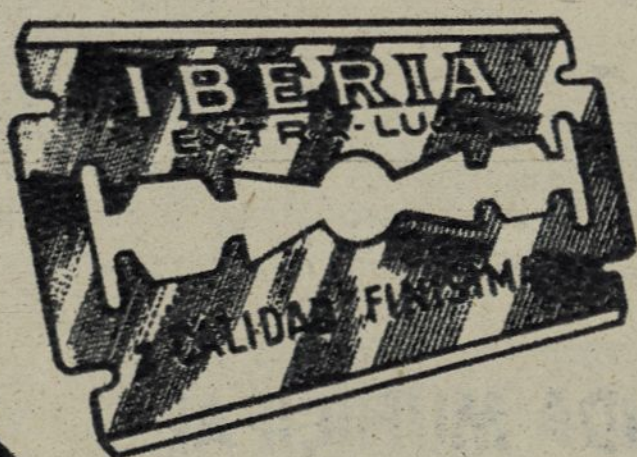
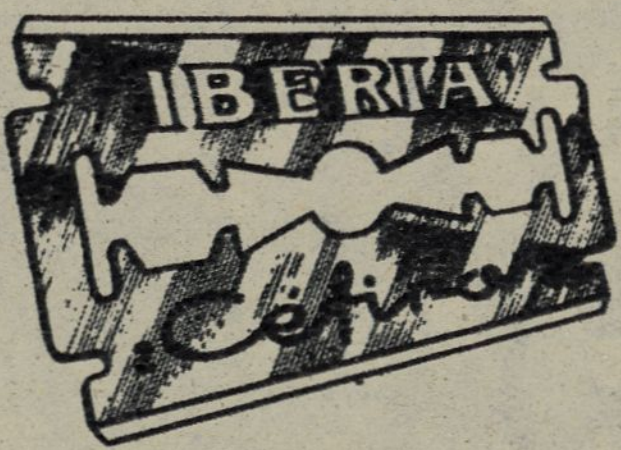
50 AÑOS DE LA BANDA MUNICIPAL

Soleados mediodías dominicales de la radiante primavera madrileña, entre los verdes dorados del Retiro. "Todo en el aire es pájaro", y al agri dulce tañido de clarinetes, trompas y flautines opone, celoso, entre las frondas, su improvisado contrapunto el ruiseñor. Donde hay música, como Cervantes dice, no puede haber cosa mala, y hasta al vejete insolidario, que, de espaldas al quiosco, tiene embargados los sentidos en la lectura, una ráfaga de espiritualidad le llega al alma





Dignas
de
todos
los
honores



SON HOJAS
IBERIA



Bac

le dará confianza
en su vida social

El trato social le obliga a presentarse segura y confiada de sí misma. Evite que una transpiración molesta pueda perjudicarla, haciendo desagradable su presencia.

Por mucho que extreme su higiene no podrá evitar que su cuerpo segregue con el sudor las bacterias que luego lo convierten en desagradable.

Con una aplicación diaria de LAPIZ BAC, usted se sentirá segura, porque el gran poder bactericida de la nueva y activa sustancia E-43, hace que la transpiración se produzca con normalidad, sin peligro de fermentación del sudor.

**Siéntase segura
con BAC,
el desodorante
activo**



LAPIZ BAC
se presenta en 3 fórmulas

NORMAL

con nueva sustancia activa Bac 43

FUERTE

reforzado con clorofila

SUPER BAC

que, además, reduce la transpiración



Es un producto OLIVIN WIESBADEN - ALEMANIA
Agentes en España MAS, S. A.

CINCUENTA AÑOS DE LA BANDA MUNICIPAL

que quiera, que ya he perdido el tren!

Hay una mujer entre los miembros de la Banda Municipal. Se llama María del Milagro García Coteló y lleva veintiséis años tocando el arpa, uno de los instrumentos que más se pierden en las interpretaciones al aire libre. Ya se sabe que en estos casos lo peor es el viento, la lucha contra el viento. La lluvia desafina los instrumentos, pero...

—¿Usted la única mujer en la banda?

—Las mujeres artistas estamos siempre solas.

La niña sigue jugando con el canto plano; el padre mira hacia el quiosco; la madre ha dejado el periódico orillado en el asiento. Y la Banda Municipal, lenta, dulcemente, continúa tocando. Yo pienso ahora en España; en estos pueblos, aldeas, callejuelas pinas y angostas. ¿Qué festejo señalado, cumbre, en la breve y hermosa minúscula historia de nuestros pueblos no ha sido presidido por una banda municipal? Al romper el alba, los cohetes y la música. Y el del bombo recibe la consigna del señor alcalde:

—¡Toca fuerte, muchacho! ¿Como quede un vecino sin desvelar te acordarás de mí!

Y mientras pasan, mientras cruzan las calles, la gente se asoma a las balconadas y se conmueve al ver que el cielo tiene un color diferente y de que la jara huele con furia, desparramada. Y si hay una procesión, al lado de la vara del alcalde, la banda de música; y si hay toros, abrazada al rojo capote triunfante, la banda; y si hay que enterrar al Buen Dios en Viernes Santo, la banda otra vez. ¿Qué pueblo español no la tiene? Si hay alguno, es el más desventurado de todos.

Don Luis Jiménez es el contrafagot de la Banda Municipal de Madrid. Ahí está, con bolsitas bajo los ojos, con una voz de bajo bien timbrada, con cuarenta y ocho años, un mes y veintidós días unido al historial de la agrupación que fundara el maestro Villa. El hombre que ha nacido para músico y que no entiende demasiado bien las otras cosas de la picaresca vida, sólo tiene un gran recuerdo. Fué una vez, en el teatro San Luis, de Lisboa. El público, al terminar el concierto, no se iba. Venga a aplaudir. Y entonces subió el señor obispo al escenario, abrazó al maestro, se volvió al público y abrió el abanico del lirismo:

—Estos señores no son músicos, son ángeles.

También recuerda una cosa que le pasó al maestro Villa por los caminos grandes de la España. Nada, lo de siempre. En Jaén, después de un concierto, llegaron las autoridades de un pueblecito y se pusieron de cháchara.

—Maestro: Que usted es una figura mundial; que usted se viene ahora mismo con nosotros al pueblo.

El maestro Villa, que debía de tener un corazón sin cerraduras, estaba el hombre un poco perplejo.

—Pero, bueno..., ¿qué quieren ustedes de mí?

—Que hemos comprado un piano, maestro, y que ese piano lo toca por primera vez el mejor músico de España; o sea, y mejorando lo presente y sin faltar, usted.

Y el maestro Villa se arrancó para adelante y se fué hacia el pueblo. Le llevaron en un carro de vacas; había ventolera y polvo; achicharraba el sol. Pero el maestro llegó al casino, donde esperaba todo el vecindario el solemne instante.

—Veamos... ¿Dónde está el piano?

—Allí; véalo usted.

Nada. Era un organillo, o, dicho con más finura, un piano de manubrio. El maestro Villa tocó, claro que tocó, que en estas cosas pequeñas es donde se sabe quién es quién. Y luego, venga a darle jamón. "Un poco de jamón, hombre, que está usted un poco paliducho." Y venga a darle salchichón y manteca, y... El maestro Villa comió, vaya si comió, a pesar de su úlcera de estómago, que le angustiaba noche y día. Pero es lo que les dijo el maestro Villa a los componentes de la Banda Municipal:

—¡A ver quién es el valiente que se atreve a decir "no" en un pueblo!

Don Luis Jiménez, el contrafagot, va a cumplir el día 21 de este mes la friolera de setenta años. Entró en la Banda con un sueldo de cuatro pesetas, pero aquello no había quien lo estirara hasta fin de mes, y lo más grave: quería casarse. Así que, sin pensarlo dos veces, hizo oposiciones para la plaza de solista de contrafagot, y las ganó. Y entonces, sí; entonces, a pasar por la calle de la Pasa, porque el sueldo alcanzaba las seis pesetas, en lugar de cuatro. A don Luis Jiménez le sucede una cosa que da que pensar: hoy domingo tocará el contrafagot por última vez con la Banda Municipal de Madrid. Se jubila. Uno va para viejo, pobre o rico, santo o rufián. A los setenta años, el descanso.

—¿Siente usted pena por dejar la banda?

—Ya ve usted. Yo, antes, siempre creía que no me iba a dar pena. Me repetía: "Nada, nada; no me dará pena. Eso son chiquilladas. Uno ya ha trabajado lo suyo." Y, sin embargo, ahora, estos días, pienso: "Pues sí, te va a dar pena. Mira que te va a dar pena, que lo estoy viendo."

Y al decano de la Banda Municipal de Madrid se le humedecen los ojos un poquito y el brillo apagado recobra brutalmente la vida y se pone en pie sobre las pupilas. Y digo yo: ¿Cuál es el misterio de esta gente humilde española para ser tan amiga de las lágrimas? ¡Ah, Dostoiévsky, al buscar estos protagonistas humildes y grandiosos, sabía bien dónde estaba la vida!

—Oiga usted, señor Jiménez... Cuando era pequeño, recuerdo que mi padre me dijo que un músico no podía ser malo. ¿Qué piensa usted?

—Sí. No se puede ser malo. Dígame un músico que haya cometido un asesinato.

Su dedo meñique se planta como un soldado lleno de medallas en medio de la conversación.

—¿Y cómo era el maestro Villa en la tarima?

—¡Una rabieta...! Pero buena persona, muy buena persona.

Suben de nuevo todos los músicos al quiosco y vuelve el silencio. La gente aguanta de pie la dulzura del ambiente. Todas las clases sociales se mezclan en el amor a la música. Y don Luis Jiménez ocupa su sitio, al fondo, entre un marmágnum de instrumentos, y toca por penúltima vez con la Banda Municipal de Madrid.

El conductor del autocar donde se llevan los instrumentos, poco después nos señala a otro músico retirado hace poco, que viene cada domingo a escuchar a sus antiguos compañeros. Le miro. Está inmóvil, petrificado. Y el conductor, en un susurro, me dice:

—Desde que le han jubilado se ha vuelto muy viejo... No sé qué les ocurre cuando les jubilan.

La niña rubia y pecosa, cansada de jugar, está dibujando en el suelo una "o" y una "i".